

## La Iglesia, un espacio de esperanza para el mundo de hoy

ÁLVARO CADAVID D.\*

### RESUMEN



*Después de repasar algunos hechos, situaciones y acontecimientos, que desde finales del siglo pasado y comienzos de este siglo XXI han llegado a producir una verdadera crisis de esperanza entre los hombres y mujeres de hoy, tanto en el mundo como en nuestro país, el autor se pregunta si la Iglesia tiene algo que decir y ofrecer, como testigo de la esperanza, en estos tiempos de crisis: ¿Puede hoy la Iglesia decir una palabra creíble y ofrecer, a través ella, razones para que los hombres y mujeres de hoy puedan seguir esperando? ¿Qué puede esperar legítimamente la humanidad y, en concreto, nuestro pueblo colombiano, de la Iglesia, como pregonera del anuncio de que Cristo Jesús es nuestra esperanza (cf. 1 Tim, 1, 1)? Piensa el autor que la Iglesia está llamada a ser lo que ella tiene que ser, por deseo expreso de su fundador, y sólo así ella podrá constituirse en un auténtico espacio de esperanza y en constructora de la misma para el mundo de hoy.*

\* Presbítero y docente de teología del ITEPAL, Bogotá. Estudios en Filosofía y Teología, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas, Universidad Santo Tomás, Bogotá. Licenciado en Teología Fundamental, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma. Doctor en Teología, Pontificia Universidad de Granada, España. Profesor invitado del Instituto Teológico-Pastoral para América Latina del Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Miembro del Consejo Internacional de Redacción de la revista *Louvain Studies* de la Universidad de Lovaina en Bélgica. Correo electrónico: acadavid@hotmail.com

Palabras Clave: *Tercer milenio, Iglesia, esperanza, Evangelio.*

*Abstract*

*After reviewing some facts, situations and events that at the end of the last century and the beginning of the 21st have produced a crisis of hope among men and women of our days, in the whole world and in our own country, the author asks if the Church, as witness of hope, has something to say and to offer, in these times of crisis. Can the Church say a credible word and offer in this way reasons to keep hoping? What can mankind, and in particular, our own people of Colombia, legitimately expect from the Church as announcer of the truth that Christ Jesus is our hope (cf. 1 Tim 1,1)? The author emphasizes the fact that the Church is called to be what it should be by the express wish of its founder and only so will it become a space for hope and a builder of it for today's world.*

Key words: *Third millennium, Church, hope, Gospel.*

## **EL MUNDO DE HOY: UNA CRISIS Y UNA CONMOCIÓN QUE CREA EXCLUSIÓN Y DESESPERANZA**

El alborear del tercer milenio da la sensación de estar marcado por el signo de la desesperanza. Es ya consenso general decir que asistimos y somos protagonistas de una verdadera crisis de esperanza y que los hombres y mujeres de hoy se sienten cada vez más desesperanzados, unas veces porque ponen –quizás sin darse cuenta– su esperanza en el lugar o en las personas equivocadas, y otras, porque sus justas aspiraciones de un mundo mejor, más fraterno y con igualdad de posibilidades para todos, parecen alejarse cada vez más.

Es como si los hombres y mujeres de hoy estuvieran abocados a tener que repetir las mismas palabras que el profeta puso en boca del pueblo de Judá durante la penosa catástrofe de la destrucción del reino y la cautividad babilónica: “Se han secado nuestros huesos y se ha desvanecido nuestra esperanza. ¡Estamos perdidos!” (Ez 37, 11), o las mismas palabras de algunos de los discípulos de Jesús cuando, después de la crucifixión, retornaban tristes y acongojados a Emaús: “Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel...” (Lc 24, 21)

En los dos casos se trataba de personas que pusieron su esperanza en planes y proyectos humanos y que se sentían defraudados porque la situación vivida no respondía a lo que ellos habían soñado o querido. Tanto el pueblo de Judá en el destierro, como los discípulos en el camino hacia Emaús, necesitaron la ayuda de una palabra que les mostrara que la fidelidad de Dios era inquebrantable y que había razones para seguir esperando. Pero esa palabra se refería a otra clase de esperanza, no la que se apoya en proyectos humanos, sino en la Palabra de Dios que nunca falla.

Quizás sea justo decir que los hombres y mujeres de hoy, igual que los de los dos casos bíblicos, están necesitados de una palabra de esperanza, de una palabra creíble que, también fundamentada en la Palabra de Dios, les ofrezca razones para seguir esperando.

El tema de este Congreso de Teología nos enfrenta precisamente a esta cuestión. ¿Qué se espera de la Iglesia, como testigo de la esperanza, en estos tiempos de crisis? ¿Puede hoy la Iglesia decir una palabra creíble y ofrecer, a través de ella, razones para que los hombres y mujeres de hoy puedan seguir esperando? ¿Qué puede esperar legítimamente la humanidad y, en concreto, nuestro pueblo colombiano, de la Iglesia como pregonera del anuncio de que Cristo Jesús es nuestra esperanza (cfr. 1 Tm, 1, 1)? Estos interrogantes, y la respuesta que demos a ellos tocan directamente la razón misma de la existencia histórica de la Iglesia.

Me propongo, ahora, describir someramente el contexto general de crisis, de crisis de esperanza, en el que se mueve el mundo de hoy y nuestro país, como lugar en el que se arraigan las presentes reflexiones y, a partir de allí tratar de dar respuesta a los interrogantes planteados.

### **Un mundo en conmoción y en crisis**

Es ya lugar común decir que el recién fenecido siglo XX se caracterizó por ser una época de cambios tan acelerados y tan profundos que terminó por provocar un verdadero cambio de época. Y en concreto, dos hechos sucedidos a finales del siglo pasado, y otros dos que han acaecido, apenas comenzando el siglo XXI, van marcando definitivamente nuestra historia de cara al futuro, generando una verdadera conmoción en la conciencia de hombres y mujeres a nivel mundial, y con repercusiones de crisis muy concretas, a distintos niveles, en las diversas naciones del planeta. Veamos:

1. Posiblemente se pueda establecer el año 1989, con la caída del llamado “Muro de Berlín”, que supone el fin del enfrentamiento de dos visiones del mundo –la capitalista y la comunista–, como la fecha que simboliza el comienzo por anticipado del siglo XXI. El hundimiento del proyecto socialista ha significado, en última instancia, el fracaso de una ilusión, el derrumbamiento de una esperanza. La caída del muro nos reveló, detrás de él, una historia fatídica de opresión, pérdida de libertades y discriminaciones, iguales o a veces peores a las vividas de este lado del muro. Se frustró así, para la humanidad, la esperanza de la posibilidad real de realizar uno de sus sueños más queridos: un mundo igualitario y sin discriminaciones. Como consecuencia, y para empeorar más el sentimiento de fracaso y desencanto, se viene imponiendo en todo el mundo el estilo de vida, modos y valoraciones generado por el modelo occidental. La imposición universal de este modelo, consideran algunos, es el final de la historia. Se dice que hemos llegado a la etapa final, que consagra el triunfo del capitalismo y de la sociedad liberal. No es que éste sea el mejor sistema, sino el único posible. Pueden hacerse reformas y transformaciones dentro de él, pero no hay alternativas ni puede haberlas. Es el modelo a imitar y el que todos tienen que instaurar (cfr. Fukuyama, 1992).

2. Gracias a los medios de comunicación social –especialmente la informática, la telemática y la red de enlaces mundiales–, a la interconexión mundial de la economía y la uniformidad de los mercados y las culturas, a la globalización de las ideas, de los productos y de las corrientes financieras, y al fenómeno de la urbanización, el mundo se ha convertido en una “aldea global”. Se trata del fenómeno de la “globalización” como universalización de la conciencia humana y nuevo paradigma de comprensión e interpretación del mundo, que provoca un nuevo modo de percibir las cosas, de actuar y de valorar, que va conduciendo, a su vez, a una nueva cultura con ribetes de universalidad. Es este un mundo tan interdependiente e interconectado que incluso se ha llegado a decir que por primera vez en la historia humana comienza a darse una historia verdaderamente universal y una cultura mundial. Hoy no se puede hablar de acontecimientos o sucesos que ocurran sólo a algunos en un lugar de la Tierra, y que únicamente los afecte a ellos de una manera aislada. Lo que ocurre a unos incide sobre todos, y lo que ocurre a todos determina la vida en cada una de las regiones y contextos particulares de nuestro mundo.

Este fenómeno de la globalización ha traído consecuencias desiguales en una y otra parte del planeta, con la característica general de afectar negativamente a las sociedades y culturas más pobres de la Tierra. Los ideales humanos de gran alcance, las utopías de la justicia y la redención de la humanidad se han quedado en suspenso, dejándolo todo en manos del mercado, del que se esperaba que por sí solo instaurara la soñada igualdad y justicia y que, finalmente, sólo ha provocado crisis, decepción y desesperanza porque las injusticias y desigualdades son cada vez mayores y más profundas: hoy se da una mayor producción y riqueza mundial, aunque cada día peor distribuida; una mayor interdependencia e intercambio entre las naciones del mundo, pero de una manera asimétrica; un mayor conocimiento y dominio de la naturaleza, pero privilegiando a pequeñas elites hegemónicas y, en la mayoría de los casos, degradando los ecosistemas; una mayor, mejor y más rápida comunicación intercontinental, la conquista del espacio y del átomo, aunque sin beneficio real para grandes mayorías, que no tienen acceso a la red informática en tiempo real (“desconectados”); la lucha contra las enfermedades y desastres naturales es cada día mayor, aunque todavía con una falta enorme de equidad hacia los pueblos más vulnerables; se dan grandes avances de la cultura y el arte, pero con desigual distribución de beneficios y, a veces, con graves deterioros culturales; se da una mayor insistencia en los derechos humanos universales, pero quizás sin una clara y adecuada base de valores y principios éticos (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2002: 14-15).

En definitiva, podemos decir que finalmente la globalización para algunos pocos ha significado vida y creatividad, avance y realización, mientras que para una gran mayoría ha significado exclusión, frustración, muerte y, por último, una profunda desesperanza (*ibidem*).<sup>1</sup>

3. En los albores del siglo XXI, con los sucesos del 11 de septiembre de 2001, en Estados Unidos, y del 11 de marzo de 2004, en Madrid, España, la violencia en formas suicidas se ha desencadenado de una forma tal, que ha traído un espiral de violencia al que por ahora no se le ve fin. Se conjugan el

1. Este dato quizás nos obligue a distinguir entre globalidad y globalización. La globalidad se refiere más bien al hecho de que el mundo se vuelve cada vez más interaccionado y de que las sociedades que permanecen cerradas a este fenómeno entran en crisis como consecuencia lógica del aislamiento. En cambio la globalización hace alusión a la ideología económica, política y sociocultural que se coloca a la base.

uso de grandes poderes técnicos, que producen sofisticadas armas capaces de destruir grandes masas de población, y la exasperación de individuos o grupos, que al absolutizar y divinizar algún valor o causa, usan esas armas, arriesgando suicidamente la propia vida, por defender sus ideales de grupo, de patria o de religión. Cada hombre es una posible bomba a estallar. Se ha pasado, así, de un clima de confianza y seguridad a un régimen de inseguridad y desconfianza que, a su vez, ha hecho pasar a la defensa, a la llamada “guerra preventiva” y al terror. Vivimos hoy una situación internacional de violencia, desasosiego e intranquilidad que ha ahondado la desilusión y la desesperanza ante la imposibilidad de construir un mundo fraterno y en paz.

Unido a las consecuencias que estos hechos suponen para nuestro país, se presentan entre nosotros las graves consecuencias ocasionadas por la corrupción, la violencia, el narcotráfico y el conflicto armado en el que está sumida nuestra nación desde hace ya un buen rato. Pobreza y miseria, abandono de las tierras, desplazamientos forzados, daños ecológicos irreparables, secuelas y patologías de todo tipo en las personas y en la sociedad son entre otros la resultante de la compleja situación que vivimos.

Todo este escenario ha terminado por generalizar una experiencia común: la crisis, la conmoción y la desesperanza. Hoy se habla, por doquier, de un mundo y de un país en crisis, conmovido y desesperanzado. Es la pérdida de la esperanza provocada por estos fenómenos, y cuyas consecuencias no han permitido, todavía, dar a luz una sociedad justa, igualitaria, fraterna, solidaria y en paz como la soñamos todos.

Esta crisis generalizada de esperanza se manifiesta y concretiza en cinco aspectos más relevantes: la crisis de la exclusión, la crisis ecológica, la crisis cultural, la crisis religiosa y la crisis de la subjetividad.<sup>2</sup> Ciertamente es que estas situaciones se expresan de una manera particular en nuestro país, pero las compartimos con un resto grande de la humanidad. Digamos una palabra acerca de cada una de ellas.

### **La crisis de la exclusión**

Hoy se ha creado lo que podría denominarse como un fundamentalismo y una dictadura del mercado en torno al mito de que éste lo abarca todo y de

---

2. A algunas de estas crisis, pero desde una perspectiva diversa, se refiere Castillo (2002: 237-257).

que el juego de la oferta y la demanda es inevitable en todos los campos. Esto hace que todas las realidades humanas entren en el juego del mercado: todo es susceptible de comercio y mercado, aun los bienes no materiales. Todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, en el que el poderoso engulle o destruye al más débil (Juan Pablo II, *EA*: 20; Consejo Episcopal Latinoamericano, 2002: 20-21). Como consecuencia de esta situación grandes masas de la población, en diferentes partes del mundo, incluido nuestro país, se ven excluidas y marginadas, lo que a su vez es causa de desplazamientos, migraciones y violencia.

Gracias a ese capitalismo especulativo cada día mueren en el mundo cien mil personas –once niños por minuto–, según los datos presentados en la Cumbre contra la Pobreza, realizada en vísperas de la 59 Asamblea General de la ONU, el pasado mes de septiembre. Y lo más escandaloso de todo es que, según la FAO, la agricultura mundial está en capacidad de alimentar doce mil millones de personas, es decir, el doble de la actual población mundial del planeta. Por esta razón se afirmó, en la misma Cumbre, que la pobreza es actualmente la más destructiva entre las armas de destrucción masiva. Hoy se ha llegado a hablar, incluso, en términos de “genocidio del hambre”, y se dice que la miseria es lo único que hay realmente globalizado en el mundo. Ya lo denunciaba el papa Juan Pablo II:

Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. (Juan Pablo II, *NMI*: 50)

Algunos de esos marginados se esfuerzan por sobrevivir buscando acceder al conocimiento, que es el lugar en el que hoy se juega la economía. Los países y las personas entran a competir en este campo desigual, dando comienzo a un círculo infernal de pobreza y exclusión. Los pobres no tienen posibilidad de acceder fácilmente al conocimiento y, al mismo tiempo, tienen poco poder de consumir los productos técnicos del mismo. Por esta razón son entonces excluidos. Dentro de la banca multilateral y el neoliberalismo, para referirse a los más pobres y marginados, se ha llegado a hablar de un “cuarto mundo” y se refieren a él, con cinismo, en términos de “sobrante” y amenaza para la humanidad. Otros han llegado a hablar de regiones y hasta de continentes de la desesperanza.

Toda esa masa de pobres, marginados y excluidos, lanzados a vivir la vida en la miseria, está clamando, y cada vez con más fuerza, por su inclusión en la vida económica y social, con la esperanza de que algún día el mundo escuche su lamento. Vale la pena preguntarse: ¿será posible reconstruir y devolver la esperanza, ya no sólo a los pobres que claman por la liberación de estructuras injustas y opresivas, sino también a los excluidos del sistema del mercado y el consumo, condenados al olvido, a la miseria absoluta y a la muerte? ¿Qué instancia podría decirles una palabra y realizar acciones a través de las cuales ellos se sintieran “incluidos”?

### **La crisis ecológica**

En relación con lo anterior, hay que señalar que el actual modelo de las sociedades desarrolladas de consumo se basa en una asimetría que condena a los países pobres a tener un papel periférico y un nivel de desarrollo limitado que, a la larga, es imposible de mantener por los desastres y problemas ecológicos que trae consigo y por el despilfarro de recursos que exige. La depredación de la naturaleza no tiene precedentes en ninguna otra etapa de la historia humana. Es enorme la cantidad de productos químicos y desechos tóxicos que se arrojan a la tierra y se lanzan al aire, causando una contaminación que hace casi imposible respirar en muchas ciudades. A ello se suma el uso anárquico que los pobres han hecho de los recursos de la misma naturaleza, presionados por su necesidad de supervivencia. Esta situación ha provocado un verdadero desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta (Juan Pablo II, *NMI*: 51; *EA*: 25)<sup>3</sup>, y ha puesto en crisis la existencia misma de la humanidad. Estamos ante un verdadero caos social y un posible cataclismo cósmico.

En nuestro país, además de lo anterior, hay que pensar en las tremendas consecuencias y daños que para el ecosistema supone la tala de bosques, para el cultivo de la mata de coca, y las fumigaciones subsiguientes llamadas a erradicarla.

---

3. Este mismo documento, en el numeral 56, califica la destrucción de la naturaleza como uno de “los pecados que claman al Cielo”.

Ante estos hechos, es lícito preguntarse si es posible mantener la ilusión y la esperanza en un mundo habitable para todos, y en una reubicación del hombre, considerado no como dominador, sino como servidor, en solidaridad y en comunión con todo lo creado.

### **La crisis cultural**

193

La globalización ha ocasionado una crisis y una conmoción muy profunda entre las culturas ancestrales, que se han visto invadidas cultural y tecnológicamente. Una imagen común del mundo, un estilo de vida, unos valores, una concepción global teórica y práctica, invade a los pueblos y erosiona las culturas. Hay toda una globalización cultural, fruto de la televisión y del internet, de las migraciones, los desplazamientos voluntarios y forzados, y del mismo turismo mundial, que trae consigo una asimilación de valores y comportamientos y también una nivelación cultural, en dependencia de los focos de poder (Juan Pablo II, *EA*: 55).

Paradójicamente, frente a este mundo globalizado, nunca como hoy se habían defendido tanto, y aun con tanta agresividad, los nacionalismos, las etnias y las propias culturas. Es un mundo que se reconoce como multicultural y policéntrico, aunque esta pluralidad se vea amenazada y erosionada por el avance de la imposición global de un modo de vida.

A lo anterior hay que agregar que gracias al fenómeno urbano actual es posible encontrar en nuestras ciudades la convivencia de personas provenientes de las más variadas tradiciones culturales, que interactúan y se influyen mutuamente en una verdadera fusión y mestizaje cultural. Parecería que este fuera el modelo social del futuro.

En este contexto hay que plantear la necesidad de mantener el derecho de los pueblos, sobre todo, de los más pequeños y pobres (piénsese, por ejemplo, en los indígenas y los afrocolombianos en nuestro país), a salvaguardar su identidad, para que no se imponga una cultura sobre las otras ni se las nivele, arrasando con lo propio de cada una, sino que más bien haya espacio para el pluralismo, el diálogo y el intercambio cultural. Tal es la esperanza de tales pueblos y uno de los mayores retos del siglo XXI, en el contexto de un nuevo modelo de sociedad plural y diversa.

## La crisis religiosa

Dos cuestiones aparecen hoy de cara al fenómeno religioso. Por una parte, habitamos un mundo en donde ya es conocida la riqueza de religiones milenarias que, a pesar de haber sido puestas en crisis por las incoherencias de sus seguidores y de ser muchas a veces matriz de discordias y guerras, mantienen todavía legiones de seguidores. Es hoy un espectáculo escandaloso para el mundo la marcada separación, división, rivalidades y, a veces, el antagonismo al interior del cristianismo y entre las diversas religiones. Se dice que no hay conflicto actual en la humanidad que no tenga como trasfondo un conflicto religioso y que la misma paz mundial pasa hoy por la paz entre las religiones. Los recientes sucesos de terrorismo mundial, inspirados en motivos religiosos, son una muestra patética del punto al que puede llevar el fanatismo religioso. Este fenómeno va causando un clima mundial de crisis y de sospecha ante las religiones.

Por otra parte, el fenómeno religioso –en el contexto de la posmodernidad– es hoy ambiguo. Por un lado, se presenta lo religioso con características de auge y, por otro, de crisis. Se piensa que está en auge porque hay una mayor cantidad de gente que busca experiencias religiosas cada vez más intensas. Pero estas experiencias son tan particulares que podríamos hablar de una crisis. Se ha acentuado el individualismo narcisista, que considera la religión como un mundo de sensaciones al servicio de la paz interior y del sentirse bien.

Se hacen también hoy mixturas religiosas muy variadas (nuevos sincretismos) donde ya no preocupa pertenecer a un grupo o secta, sino se pretende desarrollar la experiencia de acuerdo con lo que la persona sienta, de modo que pueden haber tantas religiones como personas hay. Además, existe una tendencia a relacionar esas experiencias con cultos a diversos aspectos, como pueden ser la salud, la belleza, el estado físico, la ecología, el esoterismo, etc. En este tipo de experiencias se refuerza la desconfianza en las grandes religiones: la institución, la autoridad y la tradición no interesan. La comunidad se convierte en un útero materno que sana, y reaparecen la superstición, la magia y el misterio. La reflexión es mínima, mientras que la pasividad y la búsqueda de salvación, por medio del placer gratuito e intenso, son determinantes (Castillo, 2002: 248; Mardones, 1996: 203ss.). Es paradójico decirlo, pero en medio de este retorno de lo religioso, la experiencia profunda

y sería de Dios parece desaparecer. La indiferencia religiosa y el ateísmo como mentalidad conviven hoy con las búsquedas más contradictorias de lo sagrado y de lo divino.

En el marco de la situación que acabamos de describir, nos preguntamos: De cara al futuro ¿será posible mantener la esperanza en el Dios que gratuitamente se nos autodona, en el Dios que está viniendo, pero que a la vez nos compromete de lleno, sin alienarnos, en la transformación de este mundo, para que sea humanamente habitable? ¿Será posible conseguir la paz mundial y que las religiones y las iglesias se constituyan en artífices primarios de la misma y signos de unidad ecuménica? ¿Será posible esperar que un día el nombre de Dios no sea utilizado como hoy se hace, desde los diversos fanatismos religiosos, para atentar contra la vida de quien tenga una experiencia de Dios diversa a la propia?

### **La crisis de la subjetividad**

Con la crisis de las ideologías y las creencias ha aparecido un nuevo ciclo dentro de aquello que hemos denominado modernidad –la posmodernidad–, que ha provocado la crisis total del sujeto humano, con consecuencias aún impredecibles para la sociedad. Se trata de la aniquilación y disolución total del sujeto, fruto de la decepción y desilusión de las promesas de progreso, igualdad y bienestar hechas por la modernidad.

Se habla hoy de la crisis psíquica y social de las personas. Hay una crisis tanto de la subjetividad personal como de la subjetividad sociopolítica. La subjetividad personal se encuentra fragmentada en todas sus partes y encerrada en un narcisismo extremo, sin horizontes ni referentes claros. Por esta razón se le ha llamado a este tiempo “tiempo de la subjetividad”, en el que las personas cultivan, sin medida, su propio jardín y recurren, cada vez más, a medios inadecuados para salir de sí mismos. Ya no hay crisis de sentido, sino que el sujeto mismo se siente aniquilado en su conciencia y en su estructura personal. Se podría decir que asistimos a la muerte del sujeto humano real, de la naturaleza y hasta de la posibilidad de la desaparición del género humano.

A lo anterior se agrega la disolución de las formas de subjetividad social por falta de instituciones y referentes sociales sólidos. La política con su descomposición ha descubierto su incapacidad para resolver los proble-

mas de los ciudadanos. Ya nadie quiere participar en la política porque ven la urgencia de recomponerse primero a sí mismos para después comprometerse en proyectos sociales (Castillo, 2002: 243; Cruz, 1996).

La recomposición, primero, del sujeto personal disgregado y desintegrado, y luego del sujeto social, en manos de la violencia, del mercado y de los poderosos de este mundo, se presenta como otra de las tareas primordiales del siglo XXI.

De la complejidad de las situaciones vividas en cada uno de los aspectos señalados queda la sensación de que los hombres y mujeres de hoy se han venido sumergiendo en una verdadera y muy profunda crisis de esperanza, experimentada y expresada –como lo hemos hecho notar– en diversos niveles de la realidad. Es en este contexto donde nos volvemos a preguntar: ¿Tiene la Iglesia algo que decir y ofrecer, como testigo de la esperanza, en estos tiempos de crisis? ¿Qué puede ella aportar para no dejar perder la esperanza al hombre de hoy? ¿Qué pueden legítimamente esperar de la Iglesia los hombres y mujeres de hoy? Estas son las cuestiones planteadas desde el inicio.

Si se me permite, quisiera, de entrada, dar respuesta a los interrogantes planteados: el mejor servicio que la Iglesia puede prestar a este mundo de hoy, en el que nos toca vivir y del cual somos protagonistas, en un mundo con una verdadera crisis de esperanza y de crisis de esperanzas muy concretas, es que ella sea, precisamente, lo que tiene que ser: ¡Iglesia! Sólo siendo lo que ella tiene que ser podrá constituirse en un verdadero espacio de esperanza, a la vez que podrá llegar a ser una auténtica testigo y constructora de esperanza para los hombres y mujeres de este mundo.

La tarea que sigue ahora es fundamental y explicar lo que se quiere decir con tal afirmación.

### **JESÚS: UNA COMPASIÓN QUE CREA IGLESIA**

Es deber de la Iglesia preguntarse en cada época y en cada momento histórico qué la constituye como tal y cuál es su misión, para saber qué es y qué debe hacer. En cada presente histórico ella debe hacer memoria de su pasado original para poder hacer la profecía de su futuro. Para realizar esta tarea ella debe poner siempre su mirada en Jesús, como fuente y origen del

movimiento que desató aquella realidad que desde el Nuevo Testamento se denomina Iglesia, para descubrir la intencionalidad de lo que él quería que fuera el grupo que instituyó como comienzo de la misma (Lohfink, 1986).<sup>4</sup>

El Israel del Antiguo Testamento era un pueblo escogido por Dios y comprometido en alianza con él, para que la soberanía de Dios, a través de su vida fraterna de pueblo, que no admitía injusticia, marginación o división alguna, resplandeciera e iluminara a todas las naciones de la Tierra. Israel es un pueblo elegido, y en cuanto tal, pueblo llamado por Dios a una existencia interior de fraternidad y justicia social, que lo diferenciará, por voluntad expresa del mismo Dios, de los restantes pueblos (cfr. Dt 7, 6-8). En cuanto Israel ajustara su comportamiento a la actuación liberadora de Dios, llegaría a ser realmente un pueblo santo (cfr. Dt 7, 6-8; Lev 19; Lev 20, 26). Su santidad se fundamentaba, por una parte, en esa elección amorosa de Dios que, de entre las naciones, lo convirtió en pueblo de su propiedad y, por otra, en la consonancia de su comportamiento moral y social con el orden establecido por Dios, que lo situaba en fuerte contraste con el ordenamiento social de los otros pueblos de la Tierra, en donde imperaba la violencia y la ley de los más fuertes.

Jesús es heredero de esa tradición profética que interpreta la historia de Dios con el mundo como una historia salvífica mediada por Israel. Lo que lo diferencia respecto del Antiguo Testamento –y él tiene conciencia de ello– es que su convocatoria está bajo el signo escatológico, pues lo realizado en el pasado palidece ante el maravilloso y definitivo obrar de Dios en favor de la restauración última de su pueblo, a través de su persona. En Jesús Dios llama de forma definitiva e irrevocable a su pueblo a ser santo para que, de este modo, llegue a ser luz y su luz resplandezca en medio de las naciones.

Las profecías acerca de la peregrinación escatológica de todos los pueblos a Israel (cfr. Is 2, 1-3; Is 60, 2), en el que todos los gentiles serán salvados al contemplar cómo resplandece en Israel la luz de Dios, son asumidas por Jesús. Él limita su acción al pueblo de Israel precisamente

4. El autor muestra en tres etapas –la relación de Jesús con Israel, con sus discípulos y en las comunidades neotestamentarias– que Jesús con sus acciones y palabras quería convocar el nuevo Israel, el Israel escatológico, como “sociedad de contraste” que irradiara a todas las naciones y a todos los pueblos y éstos, atraídos y fascinados por lo que sucedía en el nuevo Israel –la Iglesia–, se convirtieran a Dios y acogieran su Reinado. En algunos de los párrafos que siguen somos deudores de esta obra.

porque se sabe consciente de que la salvación de los pueblos pasa por Israel, como pueblo en el que Dios hará que su luz brille, como lugar en el que se santificará –como obra escatológica de Dios mismo– el nombre de Dios. Si esto no ocurriera, los gentiles no podrían venir a la salvación (cfr. Mt 8, 11 y par), pues si la luz de la soberanía de Dios no resplandece en el pueblo de Dios no será posible que los gentiles se pongan en camino hacia su salvación.

La idea del Reinado de Dios, que Jesús anuncia con sus palabras y con sus acciones, está profundamente ligada a este pueblo de Dios, en cuanto que en él se realiza la promesa hecha desde antiguo<sup>5</sup>, lo que descarta cualquier posibilidad de entender el Reinado de Dios como una realidad universal que se realiza en el interior de los creyentes dispersos por el mundo como individuos. Incluso la misma entrega de Jesús a la muerte puede interpretarse como entrega en favor de Israel, que se negó a aceptar su mensaje y se alistaba para eliminarlo. Así se interpreta el “por muchos” de las palabras de Jesús en la última cena (cfr. Mc 14, 24). Jesús habría entendido su muerte como acontecimiento salvífico de parte de Dios que sana lo que Israel le hace a él mismo, quedando así eliminada la acción criminal de Israel y dejando abierto el camino del pueblo de Dios hacia la conversión, lo que no excluye la oferta de salvación también para “los muchos” de las naciones gentiles.

Cuando Jesús aparece en escena, encuentra a su pueblo Israel sumido en una verdadera crisis de esperanza. Bajo el yugo del poder romano, y bajo la tutela de unas autoridades religiosas que se habían adjudicado el derecho de interpretar la ley de Dios de una manera legalista y asfixiante, imponiendo pesadas cargas a la gente más sencilla y desamparada, el pueblo sencillo, por las discriminaciones y exclusiones a las que era sometido, no encontraba posibilidades sociales ni religiosas de realización. El fatalismo y la deses-

---

5. Pocos dichos de Jesús hacen referencia explícita a la “reunión de Israel” (Mt 23, 37; Lc 13, 34) posiblemente porque para Jesús era evidente que la idea del Reinado de Dios presuponia un pueblo en el cual implantarse y resplandecer. Precisamente es lo que desde el Antiguo Testamento se expresaba en el hecho de la alianza. Dios quería hacerse un pueblo para que en él resplandeciera su rostro, y el signo de que el pueblo se constituía como pueblo de su propiedad era que entre ellos se vivían relaciones fraternas de hermanos, se practicaba el derecho y la justicia, manifestaciones éstas de que se hacía la voluntad de Dios, es decir, que Dios reinaba en ellos. De esta manera Israel se convertía en signo de salvación universal, pues manifestaba que era propiedad de Dios porque en él resplandecía la voluntad de Dios como experiencia vivida (cfr. Lev 19; Lev 20, 26).

peración eran el alimento cotidiano de la gran masa del pueblo, que andaba errante y como ovejas sin pastor, perdiendo la esperanza en el pronto establecimiento de la justicia y el derecho divino.

Al establecer tal tipo de exclusiones y discriminaciones Israel no estaba siendo el pueblo santo de Dios. Jesús, ante la inminencia de la llegada del Reinado de Dios, que no admitía ningún tipo de exclusión ni discriminación, quería convocar al Israel escatológico y constituirlo en verdadero pueblo santo y elegido<sup>6</sup> para que así se hiciera capaz de acoger ese Reinado. Sólo la búsqueda de una comunión fraterna y no discriminatoria con los excluidos de aquel pueblo podría lograrlo.

El conjunto de palabras y las mismas acciones que Jesús realiza –curaciones, exorcismos y comidas con los excluidos y considerados pecadores– muestran que el Reino de Dios está no sólo próximo, sino ya presente entre ellos (cfr. Lc 11,20; Lc 7, 22 par Mt 11, 2-5). Esas acciones significan y expresan que el Reinado de Dios está empezando a llegar y que el dominio de Satán, que trae división y discriminación, está llegando a su final (cfr. Mt 11, 2-5; Is 35, 5-6). Jesús, movido por una profunda “compasión”<sup>7</sup>, conmovido hasta las entrañas, quiere sacar a la gente excluida y marginada de su pueblo del fatalismo y la desesperanza en las que se han visto sumidos por las autoridades religiosas de su pueblo.

- 
6. Las palabras del Padre Nuestro: “Santifica tu nombre, haz que venga tu Reino” (Lc 11, 2-4) expresan el deseo de que Dios realice la congregación y renovación del pueblo, pues según Ez 36, 22-24 y 20, 41.44 Dios mismo santificará su nombre recogiendo a Israel de todas partes en el tiempo escatológico, renovándolo y convirtiéndolo de nuevo en un pueblo santo.
  7. La palabra corresponde al verbo griego *spijgnisomai*, verbo deponente pasivo que aparece en los evangelios sinópticos doce veces (Mc 1, 40-42; 6, 34; 8, 2; 9, 22; Mt 9, 36; 14, 14; 15, 32; 18, 27; 20, 34; Lc 7, 12-15; 10, 33-34; 15, 20). La traducción ordinaria es “tener misericordia”, “ejercer compasión”. Sin embargo, la palabra posee un matiz muy profundo que viene de un texto antiguo (Mac 9, 5); hablando del final del rey Antíoco Epifanes, dice: “Se apoderó de sus entrañas un dolor irremediable, con agudos retorcimientos internos.” Cuando el verbo se transforma en sustantivo se refiere a las vísceras, a las entrañas, a los órganos internos que están entre los hombros y las piernas: corazón, pulmones, riñones. El verbo indica esas partes cuando alguna está enferma, inflamada y causa dolor. Se trata de un “dolor físico” y con esta connotación se usó para hablar de lo que Jesús sentía. Físicamente Jesús sentía el dolor de los pobres, pecadores y marginados, lo ponía mal el dolor ajeno y lo impelía a una acción inmediata a favor de los mismos.

Él quiere llamarlos a la esperanza y a la ilusión de recuperar su vida y dignidad, creando una comunión fraterna con ellos, como expresión de que Dios ha comenzado a reinar. Sus acciones quieren ser símbolo de esa realidad. En el tiempo escatológico de la salvación, en el escatológico pueblo de Dios, nadie puede quedar fuera de la salvación: ni los marginados, ni los enfermos, ni los pecadores. De esta manera, Jesús está fundando un nuevo tipo de pueblo y sociedad, una comunión en la que se vive y convive de forma distinta que en el resto del mundo, en la que no se rechaza a nadie ni se excluye a nadie, ni nadie se considera superior, sino que todos son iguales, sus relaciones son fraternas y su máxima preocupación la constituye el cuidado de los más débiles y la defensa de la vida de los más desamparados.

Entre todos los que escuchaban a Jesús, él llamó y reunió a un grupo de discípulos, que constituyeron su círculo más íntimo, para estar con él, compartir su mismo estilo de vida y su destino (Mc 3, 13-19; Mt 10, 3; Lc 6, 15). Históricamente este grupo, conformado por los Doce y otros discípulos más, es convocado para colaborar en la misión de reunir y restaurar a Israel. Pero cuando Israel como totalidad no acepta el mensaje de Jesús se les encomienda una nueva función: representar simbólicamente a todo el pueblo. Ese grupo de discípulos no constituye una comunidad nueva fuera del antiguo pueblo de Dios, que suplanta a Israel, sino que ellos son el nuevo pueblo de Dios de los últimos tiempos. Ellos deben representar visible y simbólicamente lo que el pueblo tiene que llegar a ser y, en este sentido, ellos son signo profético de ese Israel.

Jesús hace exigencias radicales a este grupo de seguidores; exigencias que van desde dejar la familia, la institución más vinculante de esa época, hasta dejar la profesión, no tener posesiones, ni hacer provisiones para el día siguiente (cfr. Lc 14, 33; Lc 12, 22-32), abandonar toda pretensión de dominio de unos sobre otros, no poseer ni llevar para la misión nada más allá de lo estrictamente necesario (cfr. Mc 10, 42-45; Lc 9, 3), y también la renuncia a todo tipo de violencia (Mt 5, 39-42; Lc 6, 29s). Hay otros seguidores de Jesús que no tienen que dejar sus casas ni sus familias, pero sí cumplir las mismas exigencias del grupo más pequeño.

Todo ese grupo, así considerado –el pequeño y el más amplio–, se constituye en signo de contradicción en medio del viejo Israel: nace una nueva comunidad visible, una nueva familia de hermanos y hermanas que, más allá de todo vínculo carnal y de sangre, invoca y sólo tiene como padre

a Dios (cfr. Mc 10, 29-30; Mt 23, 8-12). Una comunidad así se sabe sal y luz para otros (cfr. Mt 5, 13-16) y es como una ciudad construida en un monte que no puede permanecer escondida, a pesar de que sus comienzos parezcan pequeños, como se dice en las parábolas del sembrador (Mc 4, 3-9), de la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26-39), del grano de mostaza (Mc 4, 30-32) y de la levadura (Lc 13, 20s).

Para Jesús el Reino de Dios ya ha comenzado humilde e imperceptiblemente con él y su grupo de discípulos, y nadie podrá apagar su resplandor porque brilla en lo alto de un monte (Mt 5, 14). El Reino de Dios resplandece ya visiblemente, en Israel y para Israel, en esas personas que conforman el grupo de sus seguidores y que giran en torno a él.

Los discípulos, luego de las experiencias pascuales, no siguen en Galilea, sino se reúnen en Jerusalén. Allí fundan la más primitiva comunidad cristiana con una clara conciencia escatológica: los últimos tiempos han llegado y el Reino de Dios será revelado definitivamente. Por eso se ponen en la tarea, ya comenzada por Jesús, de llamar a Israel a la conversión (cfr. Hch 2, 14-20; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32). Igual que Jesús, y en fidelidad a él, esta primera comunidad y las nuevas que fueron fundando eliminaron todas las barreras sociales y toda forma de exclusión, continuando así la acción realizada históricamente por Jesús en su praxis del Reino de Dios: en este Reino no se admiten posiciones sociales, ni dominio de unos sobre otros, ni marginación de ningún tipo (cfr. Mc 10, 35-45).

La anterior es la razón por la que las comunidades cristianas se organizan y celebran su fe bajo el principio de la convivencia y el amor fraterno (ágape) donde caben todos sin distinciones ni discriminaciones (cfr. Rm 12, 9-21), practicando virtudes tales como el alojamiento a los venidos de otras comunidades y la puesta a disposición de las casas propias, para atender a las necesidades de otros miembros de las comunidades (cfr. 2 Co 8, 10-14). El ideal propuesto en las comunidades que nos describen los Hechos de los Apóstoles es un rico testimonio del derrotero a seguir: "La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común." (Hch 4,32)

Viven esas comunidades con plena conciencia un nuevo orden social, que no es algo meramente interior, sino un orden visible de reconciliación y fraternidad, que se contrapone al paganismo, conformando lo que se podría

llamar una “sociedad de contraste”<sup>8</sup> y un estilo “alternativo” de frente al orden de dominación y violencia establecido en las otras sociedades humanas (cfr. Tt 3, 3-6; Col 3, 8-14). Estar en Cristo es para estas comunidades vivir en el ámbito de la soberanía de Cristo, y este ámbito es la Iglesia en cuanto vivencia comunitaria de toda forma de fraternidad. Los mismos términos “hermano y hermana” no eran vocablos vacíos, sino tenían concreciones precisas (cfr. Flm 9-21; Ga 5, 13-15; Ga 6, 1-5 1P 2, 17). En dichas comunidades se promueve también una amplia gama ministerial rica en dimensiones carismáticas y se toma en serio, aunque no sin fallas y resquebrajamiento, el programa de Jesús de establecer una comunidad libre de cualquier dominación tanto en la vida ordinaria como en los ministerios (cfr. 1 Co 12, 12ss).<sup>9</sup>

Este recorrido por la manera como Jesús comprendió su misión de cara a Israel, por la convivencia de Jesús con sus discípulos, y por la vida de las comunidades primitivas en el seguimiento de su Maestro, nos revela que la comunidad que Jesús quería fundar en Israel era una realidad social visible y muy concreta. No se trataba de la promoción de un sentimiento íntimo, o de un movimiento universal, o de algo meramente espiritual, vivido por creyentes dispersos en cualquier parte del mundo. Lo que Jesús predicaba, el Reinado de Dios, poseía una dimensión tan radicalmente comunitaria, que los individuos aislados no estarían en condiciones de representar. Lo que Jesús quería exigía un pueblo o una comunidad concreta, localizable en el tiempo y en el espacio, que realizara una praxis concreta de hermandad y fraternidad y se constituyera, así, en luz que irradiara e iluminara a todas las naciones.

Podemos, entonces, concluir que todo el Nuevo Testamento, en cada uno de sus momentos, comprende a la Iglesia como comunidad fraterna visible, como una “sociedad de contraste”, pues en esa fraternidad visible se manifiesta su calidad de pueblo de Dios y, en cuanto tal, brilla y resplandece

---

8. Afirma Lohfink que aunque “sociedad de contraste” no es una expresión bíblica, el contenido semántico que encierra impregna la Biblia de principio a fin (cfr. Lohfink, 1986: 134). La expresión también es usada por Mateos (2000: 166-169). Esta obra se organiza desde el mismo presupuesto y sigue, a grandes rasgos, la misma estructura del citado libro de Lohfink.

9. Esto no significa que en las comunidades primitivas no se hayan presentado dificultades y problemas, como bien lo certifica Pablo a lo largo de la primera Carta enviada a los Corintios.

en ella la gloria del nombre de Dios. Así, ella se constituye en una comunidad santa que se contrapone, por esta misma razón, al mundo, que se organiza bajo sistemas de desigualdad, exclusión y discriminación.

### **LA IGLESIA: UNA COMUNIÓN QUE CREA ESPERANZA**

Infelizmente, esa manera de comprender y de vivenciar la experiencia cristiana, reflejada en los escritos neotestamentarios, a la que también se trató de ser fiel en la Iglesia de los padres, se fue perdiendo paulatinamente a partir de la época constantiniana, y nunca más ha podido recuperarse plenamente. Una manera individualista de entender la santidad, refiriéndola a lo puramente interior e individual, o una actitud meramente privada, cobijada por prácticas piadosas o moralizantes y, otras veces, comprendida y anunciada sólo para determinados grupos privilegiados, ya sean laicos, sacerdotes o religiosos, hizo perder la raigambre eminentemente social y de comunidad visible que tenía originalmente la llamada y convocación a la Iglesia como pueblo santo de Dios.

De cara al siglo XXI, y si se quiere al tercer milenio, en medio de un mundo en conmoción y con una marcada crisis de esperanza, volvemos a preguntarnos si la Iglesia tiene todavía una palabra, y una palabra creíble que decir, como testigo de la esperanza, y si nuestro pueblo tiene derecho a esperar algo de ella.

Como ya se anunciaba, consideramos que la Iglesia tiene una palabra significativa que pronunciar para responder a las expectativas de los hombres y mujeres de hoy, y esa palabra no es otra que ella misma, en cuanto seguidora de su maestro y fundador. Ella, en cuanto convocada por Dios, en Jesucristo, con la fuerza de su Espíritu, y en fidelidad a esa comunión trinitaria que la fundamenta y la constituye, está llamada a realizarse visiblemente a través de la creación de lazos profundos de comunión fraterna, en donde no exista discriminación, violencia o dominio alguno entre sus miembros, constituyéndose así en una "sociedad de contraste", en un signo social visible de santidad, capaz de atraer a todos hacia sí por su testimonio de vida, e invitando al mundo para que se ponga en camino de conversión de sus estructuras sociales y económicas de exclusión, que provocan tanto dolor, sufrimiento y muerte. Así, ella en sí misma y en cuanto tal será un espacio de auténtica esperanza para los hombres y mujeres de hoy.

El Reinado de Dios tiene que manifestarse presente, ya ahora en la Iglesia, como una realidad visible, palpable y experimentable, aunque por ser todavía peregrina, de forma no plenamente consumada y realizada. Sólo una Iglesia, pueblo de Dios en comunión, una comunión discipular, en donde todos se saben seguidores de la persona de Jesús, y llamados a “estar con él” para la escucha atenta de su Palabra, para compartir sus obras, su estilo de vida y su mismo destino (cfr. Mc 3, 14); una comunión vivida, y no sólo teórica, que crea lazos profundos de fraternidad entre sus miembros a todos los niveles; una comunión reconciliada, capaz de respetar, reconocer y acoger las diferencias en una profunda unidad; una comunión solidaria que busca la justicia para todos, pero que sabe que los más pobres y excluidos son los primeros; sólo una comunidad así, decíamos, será signo visible de que el Reinado de Dios se está haciendo realidad, pues en ella los hombres y las mujeres de este mundo encontrarán un espacio para soñar y recuperar sus mejores ilusiones, un espacio en donde el poder, la exclusión y el dominio de unos sobre otros no se conoce, donde la violencia no tiene cabida, donde nadie pasa necesidad, y donde el perdón y la misericordia son siempre la última palabra.

La Iglesia ha sido puesta en este mundo para ser permanentemente un “signo anticipador” del Reino, signo de la realidad soñada por Dios para los hombres, que no es otra cosa que el cumplimiento perfecto también de los sueños humanos. En la medida en que los hombres y mujeres otean en la Iglesia una hermandad construida sobre la base de entrañas de justicia y misericordia, en la medida en que encuentren en ella alternativas posibles, por parciales que sean, a la situación de no salvación, no vida y no comunión, ella se convertirá en un verdadero espacio de esperanza, a la vez que encontrarán en ella motivos suficientes para seguir esperando.<sup>10</sup>

Estamos hoy ante el desafío de una Iglesia que se haga realmente santa; santidad que se debe comprender en su dimensión social visible, al estilo de las comunidades neotestamentarias, y que va inseparablemente unida a la santidad de los individuos que la componen; una Iglesia que es santa por la forma comunitaria de vida que adopta y porque sus estructuras y relaciones lo son, de tal manera que el Reinado de Dios comience a aparecer

---

10. Como lo pedimos en la Plegaria Eucarística: “Qué tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella, un motivo para seguir esperando.” (Plegaria Eucarística IV, D)

de una manera visible hasta que, por fascinación y atracción, las personas y los pueblos vayan viniendo a ella y se sientan también invitados a transformar sus estructuras opresoras y excluyentes, que ha provocado tanta conmoción y desesperanza a los hombres y mujeres de hoy.

Jesús, el “hombre-para-los-demás”, sigue siendo para nosotros hoy el modelo a vivir y a proponer, más que por las palabras, por el testimonio de vida comunitaria y fraterna, no sólo para el bienestar de quienes integran estas comunidades, sino precisamente como comunidades abiertas y solidarias con las víctimas del sistema imperante que sacrifica y ofende la vida y la dignidad de tantos hombres y mujeres en el mundo, en América Latina y en nuestro país.

Por esta razón, los privilegiados de esta Iglesia así constituida tendrán que ser real y eficazmente los pobres y excluidos, tanto los pobres que como creyentes acoge en su seno, como en general todos los pobres y excluidos, cualquiera sea su condición religiosa. Lo expresa el papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*:

La Iglesia ha de estar atenta al clamor de los más necesitados. Escuchando su voz, “la Iglesia debe vivir con los pobres y participar de sus dolores. [...] Debe finalmente testificar por su estilo de vida que sus prioridades, sus palabras y sus acciones, y ella misma, está en comunión y solidaridad con ellos”. (Juan Pablo II, *EA*: 58)

En la Iglesia, en cada comunidad cristiana, ellos, los pobres, deberán sentirse –me apropio de las palabras del mismo papa Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*– como “en su casa”, y como se pregunta el mismo Papa: “¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?” (Juan Pablo II, *NMI*: 50)<sup>11</sup>

La labor misionera de la Iglesia, vista entonces desde esta perspectiva, consistirá en construir comunidades con este talante, y ello será evangelizador por sí mismo, porque los hombres y mujeres encontrarán realizados en ella sus sueños más queridos de comunión, solidaridad y hermandad, reavivando en ellos, al mismo tiempo, la esperanza de rehacerse como personas y de rehacer el mundo en su entramado social, económico, político y cultural. Y

11. El número 49 de esta carta apostólica del papa Juan Pablo II señala como la Iglesia, de cara al nuevo siglo y al nuevo milenio, hace la opción por los pobres por razones cristológicas y teológicas muy profundas.

esto hay que hacerlo con la profunda convicción de que “no se puede predicar a otros la conversión social si no se vive en una comunidad que tome en serio la nueva sociedad del Reino de Dios” (Lohfink, 1986: 150).

Antes de terminar, cabe advertir que no se puede entender inadecuada o equívocamente la alternatividad eclesial a la que nos referimos. La Iglesia o las comunidades cristianas no pretenden suplantar al mundo. En realidad lo que se plantea es ofrecer un nuevo tipo de sociedad que se opone al orden establecido. Se trata de organizar una comunidad fraterna, una comunidad de personas en las que los valores que se imponen y los modelos de relación que se establecen sean el trastorno más radical de los valores y modelos de relación que existen en el mundo. No se trata de mejorar algo ya existente dentro del orden establecido, sino de ofrecer algo diferente, contracultural, novedoso y radical frente al estilo de vida actual: los valores del Reino expresados a todo lo ancho y largo del Evangelio (Castillo, 1978: 50). Esto no significa, tampoco, que la Iglesia constituida de la manera que lo hemos señalando, pueda vivir como en un *ghetto*. La Iglesia es, ante todo, una comunidad que debe anticipar históricamente la vocación de toda la sociedad, cuando lo hace es luz entre los pueblos, cuando no, “*el nombre de Dios, por su causa, es blasfemado entre las naciones*” (cfr. Rm 2, 24; Is 52, 5; Ez 36, 20-22) (Aguirre, 1994: 162-163).

La presencia de una Iglesia así, siguiendo visiblemente el modelo comunitario, en medio de la actual situación del mundo y en particular de América Latina y de nuestro país, en donde se ha impuesto el imperio de la violencia, la economía de mercado y el flujo de capitales, con la gran cantidad de vidas humanas sacrificadas que esto supone y la conmoción y desesperanza que provoca, abrirá un espacio de esperanza que, a su vez, se convertirá en un rico testimonio para la sociedad en general, que de alguna manera se sentirá invitada a construirse según este comunitarismo fraterno. En este punto se encontrarían el testimonio eclesial y la tradición cultural de nuestro pueblo que lleva en la sangre el sentido de lo igualitario como perspectiva de vida, pues es innegable que en los últimos tiempos los más pobres vienen haciendo esfuerzos de solidaridad comunitaria en todos los niveles, creando diversas formas de comunitarismo, asociación y autogestión, que van ocupando distintos sectores de su vida.

De fondo, se encuentra en todo lo que hemos dicho la necesidad de que la Iglesia, por fidelidad a Dios y a la razón misma de su existencia, y de

cara a los desafíos concretos de los hombres y mujeres de estos comienzos de siglo y de milenio, llegue a convertirse en “una Iglesia para vivir”<sup>12</sup>, en una auténtica “casa y escuela de la comunión”.<sup>13</sup> Así, y sólo así, ella será una “comunidad de contraste”, en donde resplandecerá la gloria del nombre de Dios ante las naciones de la Tierra, hoy conducidas por estructuras injustas de dominio social, político, económico y cultural. La sola presencia de una Iglesia así será evangelizadora en medio del mundo. Más aún, ésta será la única forma de hacer hoy una Iglesia real y verdaderamente creíble, capaz de presentarse ante el mundo como un espacio de esperanza, un lugar en donde los hombres y mujeres encuentren el ambiente decididamente cálido y fraterno, sin violencias ni discriminaciones, en donde todo se comparte y nadie pasa necesidad, para recuperar y rehacer allí sus esperanzas deshechas. Pero es ésta una tarea que va más allá del discurso y de las palabras y que sólo la praxis puede conseguir.<sup>14</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, RAFAEL. *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*. Sal Terrae, Santander, 1994.

CASTILLO, CARLOS, “Ante los desafíos del tránsito de época: una Iglesia para vivir”, en *Cuestiones teológicas y filosóficas* 72, 2002.

- 
12. La expresión es original de Severino Dianich, en *Una Chiesa per vivere*, Torino, 1990.
  13. Tomamos la expresión de la carta apostólica del papa Juan Pablo II *Novo Millennio Ineunte*, No. 43. Consideramos que esta expresión responde adecuadamente a lo que Jesús quería que fuera la Iglesia: un pueblo; que fuera para el mundo “la casa y la escuela de la comunión”.
  14. Es preciso hacer una aclaración: cuando hablamos de una Iglesia con las características que enunciarnos no estamos hablando de una Iglesia de “puros”, o de una élite muy bien equipada moralmente. Hacemos nuestras, en este punto, las palabras de Gerhard Lohfink: “Lo que hace de la Iglesia la ‘sociedad de contraste’ divina no es una santidad conseguida por sus propios medios, con sus esfuerzos y buenos comportamientos morales, sino por la acción redentora de Dios que justifica a los impíos. No se está pensando en una Iglesia libre de culpa, sino en una Iglesia en la que la culpa perdonada es fuente de esperanza infinita. No se está pensando en una Iglesia libre de divisiones, sino en una Iglesia que encuentra la reconciliación más allá de todas las trincheras. No pensamos en una Iglesia libre de conflictos, sino en una Iglesia en la que se viven los conflictos de manera distinta al resto de la sociedad. No nos referimos a una Iglesia donde no hay cruz ni historia alguna de dolor. Por el contrario, estamos pensando en una Iglesia que puede celebrar constantemente la Pascua porque muere en Cristo, pero también resucita con él.” (1986: 158)

- CASTILLO, JOSÉ MARÍA, *La alternativa cristiana*, Sígueme, Salamanca, 1978.
- CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Globalización y nueva evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM, 1999-2003*, Bogotá, 2002.
- CRUZ, M., *Tiempo de subjetividad*, Buenos Aires, 1996.
- FUKUYAMA, F., *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, 1992.
- JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, No. 50.
- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, No. 20.
- LOHFINK, GERHARD, *La Iglesia que Jesús quería*, Bilbao, 1986.
- MARDONES, J. M., *A dónde va la religión. Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*, Santander, 1996.
- MATEOS, JUAN- CAMACHO, FERNANDO, *El horizonte humano. La propuesta de Jesús*, Córdoba, 2000.